

LA BARONESA DE WILSON EN VENEZUELA: 1881-1882

Mirla Alcibíades
Celarg/Casa Nacional de las Letras Andrés Bello

No obstante la significación que tuvo para Latinoamérica la producción escrita de esta novelista, poeta, dramaturga, cuentista, periodista, biógrafa, traductora, pedagoga, historiadora y viajera española nacida en 1833 ó 1834 y muerta en 1923, es poco lo que sabemos en el presente de sus vinculaciones con esta parte del mundo. Es decir, no se ha estudiado suficientemente la trascendencia que tiene para nosotros la figura intelectual de Emilia Serrano, conocida comúnmente con el distintivo que eligió para identificación propia: Baronesa de Wilson¹.

No fue sólo su faceta como escritora la que le garantizó reconocimiento mientras vivió. También ganó aplausos y merecimientos por la experiencia llevada adelante durante más de doce años —como recordó ella en varias ocasiones²— cuando recorrió el territorio americano en su propósito, manifestado en reiteradas oportunidades, de escribir una “Historia de América” o “Historia general de América”, como definía indistintamente su obra.

En su desempeño viajero podemos hablar de una proeza que abarca tres continentes, porque no sólo trazó con su andar peregrino el mapa de Europa, sino también el de Estados Unidos y Canadá, y, desde luego, el de América Latina. Se trató de una empresa de vasto alcance que llevó a doña Emilia Serrano a visitar, en algunos casos por algunos meses, en otros por varios años, los países que enumera en las páginas finales del segundo tomo de *Americanos célebres* (1888). Son páginas que, agregadas a manera de apéndice, llevaron por título “Bosquejo

1 Casada en primeras nupcias con el barón de Wilson, enviuda y, tiempo después de su recorrido americano, acepta otro compromiso matrimonial, esta vez con el Dr. Antonio García Tornel.

2 En el primero de los dos tomos que conforman su obra de 1888 precisará el dato que señalo cuando alude a esos: “doce años de incesante actividad” (p. 2), o sea el tiempo destinado a recorrer la geografía de América.

físico del continente americano. Producciones-elementos de riqueza-clima-etc.”, y que le son de utilidad para fijar las geografías que había explorado para la fecha, en un orden que no responde estrictamente al itinerario cumplido. Esos lugares fueron: imperio del Brasil, República Argentina, Paraguay, Uruguay, Patagonia y Tierra del Fuego, República de Chile, República de Bolivia, República del Perú, República del Ecuador, América Central, Estados Unidos de Colombia, Estados Unidos de Venezuela, República de México, Estados Unidos, Santo Domingo, Isla de Cuba y Puerto Rico.

No se puede silenciar esta vocación transhumante que la comprometió a emprender un recorrido en solitario (cuando menos en ningún momento habla de compañía alguna) por las naciones, colonias, monarquías y regiones que hemos visto. Sin embargo –y en el caso concreto de Latinoamérica–, cuando se revisan reediciones y/o antologías de viajeros europeos que recorrieron nuestro continente, se comprobará la ausencia de esta mujer infatigable, cuya proeza viajera –expresada en la extensión del recorrido– sólo es comparable a la realizada por el alemán Alejandro de Humboldt o por la estadounidense Nellie Bly.

En cuanto a su faceta como escritora –faceta que, sin lugar a dudas, emprendió con idéntico vigor del que echó mano para cumplir su vasto recorrido espacial–, para el momento de su llegada ya era conocida en Venezuela, sobre todo por ser autora del *Almacén de las señoritas*, libro leído, además, en todo el territorio hispanoamericano. No por sintéticos son menos definidores los renglones que ofrecía *El Monitor* en el texto encabezado con “La baronesa de Wilson” sobre este particular. Expresaba en ese momento el redactor del diario caraqueño (Nº 115, lunes 19 de diciembre de 1881: 2) lo que ofrezco de inmediato:

No mas de diez y siete años tenia cuando tomó la pluma para escribir el popular ALMACEN DE LAS SEÑORITAS, que editaron Rosa y Bouret en Paris, y del cual fué preciso hacer nueve ediciones, pues que en solo América se vendieron ciento cuarenta mil ejemplares. No hai una sola de nuestras damas educadas que no haya obtenido en esa obra las primeras doctrinas de esta cultura que tanto distingue á la mujer venezolana³.

3 En todo momento conservo la ortografía y la puntuación originales; en consecuencia, las versales (y, en otros momentos, las cursivas) que se leen en ésta y en sucesivas oportunidades son del texto que cito. En ocasión de rotura o errores de imprenta del material consultado, lo indico en corchetes.

Ese mismo escrito enumeraba los libros y demás producción que sellaban el pacto autora/lectora(es) y que eran del conocimiento de las/os venezolanas/os de entonces. Señalaba el redactor:

Sus principales obras en verso son: *El camino de la cruz*, *Las siete palabras*, *Alfonso el grande*, *Pobre Ana*, *El Ramillete de pensamientos*.

En prosa: *El Rosal de Alejandría*, *Rosas y abrojos*, *El árbol sano*, *El Angel de paz*, *La senda del Deber*, *Guía de los viajeros en Francia y Bélgica*, *Ingllaterra*, *Escocia é Irlanda*, *Pablo el Minero*, *Magdalena*, *El Misterio del Alma*, *El mundo real*, *el mundo en Carnaval*, *el mundo moderno*, *Episodios de la vida real*, *Los pordioseros de frac*, *La miseria de los ricos*, *Los tipos del día*, *El puñal de Peña Corona*, *La Peregrina del Rhin*, *Las Perlas del Corazon*, *La Lei del Progreso*, *Una página en América*.

Ademas de la biografía de Pío IX, han sido mui aplaudidas las de *Breton*, *García Gutiérrez*, la *Avellaneda*, *Dumas* y *Carolina Coronado*.

Colaboradora de casi todos los periódicos notables publicados en castellano, ha traducido tambien varias novelas francesas, inglesas é italianas.

En España se saben de memoria y se recitan con entusiasmo *La Salve*, *La Golondrina*, *Al Genio*, *A las Artes*, *Saludo á América*, *A Venecia*, *A Colon*, *Al Támesis*, poesías sueltas que va regando á su paso como flores.

Pero lo que no mencionaba el escrito ofrecido por *El Monitor* era que la fama alcanzada en Venezuela por Emilia Serrano no se debió únicamente a la publicación del *Almacén de las Señoritas*. Había olvidado el redactor que el reconocimiento venía de tiempo atrás cuando un periódico caraqueño ofreció la suscripción a la revista *La Caprichosa* que la señora (aunque los caraqueños la llamaban `señorita`) Emilia Serrano de Wilson había fundado en París el año de 1857. Ese impreso fue *Diario de Avisos* (Caracas, N° 105, martes 26 de mayo de 1857: 2) quien, a partir de ese día, ofrecía esta opción lectora:

A las hermosas caraqueñas.
La caprichosa.
periódico del buen tono.
Revista mensual de modas, Literatura, Música,
Teatro y Artes.

Este periódico es dirigido en Paris por la señorita EM. SERRANO DE WILSON. Sale una vez al mes y cada número irá acompañado de un precioso figurin de modas.

El precio de suscripcion es de tres fuertes al año. Ha llegado ya el primer número. Se suscribe en la Librería de Rosa, Bouret y Compañía, (esquina de San Francisco).

Para quien tenga dudas en relación con la recepción o no de este periódico, le despejo las inseguridades al indicar que el material llegó a comprarse y hasta a agotarse porque otro aviso aparecido en el mismo diario, pocos meses más tarde, indicaba lo que anotaré dentro de poco. La información fue suministrada en varias oportunidades. La primera vez que se leyó fue desde el *Suplemento al Semanario de las Provincias* N° 68 (p. 1), que venía encartado en la edición del *Diario de Avisos* (Caracas, N° 196, sábado 12 de setiembre de 1857). A efectos demostrativos, paso a transcribir lo que nos interesa conocer en este momento:

La caprichosa.
Periodico de modas de señoras de Paris.
Librería de Rosa, Bouret y compañía,
(Esquina de San Francisco)

Como se habian agotado todos los ejemplares que vinieron primeramente, se avisa á las hermosas caraqueñas que acaba de llegar por el último paquete una nueva remesa de dicho periódico, que permitira satisfacer las nuevas exigencias.

De manera que estamos tratando de una visitante conocida en Venezuela, que sumaba a sus logros el haber contribuido con enorme fuerza a moldear la psique de sus lectoras y que, desde luego, despertaba expectativas entre quienes la recibían.

Por estas razones, una revisión del tránsito venezolano de la Baronesa de Wilson nos servirá no sólo para conocer de su experiencia y aportes en la tierra visitada sino, a su vez, será de utilidad para explorar algunos aspectos de la vida cultural, social y política del país que la recibió. En realidad he debido hacer un enorme esfuerzo selectivo y de síntesis porque los campos a examinar son variados: podría insistir en alimentar la biografía de la autora y ahondar en su periplo venezolano, por cuanto no sólo estuvo en Caracas sino que también recorrió otras regiones (Puerto Cabello, Valencia, los valles de Aragua y del Tuy, y poblaciones cercanas); podría ofrecer un registro de los numerosos escritos que publicó en la prensa nacional (poesía, relato, cartas, revista de modas, etc.); podría hurgar en la relación que establece entre Venezuela y el Perú, por cuanto en varias oportunidades observó cercanías entre ambas repúblicas y/o manifestó nostalgia por la tierra donde dejó tantos amigos y vinculaciones intelectuales, y donde dirigió la revista *El Semanario del Pacífico* (1877-1878); podría examinar el impacto que esa visita produjo en el ánimo y la producción futura de quienes la recibieron

y elogiaron; podría, en suma, valerme de su escrutadora mirada de viajera para compilar las noticias que atesoró sobre costumbres venezolanas del siglo XIX... Estas opciones que enumero no apuntan sino a sugerir las múltiples posibilidades de estudio a las que invita esta visita de la Baronesa de Wilson a Venezuela.

Sin embargo me voy a limitar a tratar cuatro aspectos que me parecen cruciales. El primero de ellos tiene que ver con las circunstancias de su arribo al país, son datos que me parecen importantes porque aportan información (con miras a investigadoras/es futuras/os) para la (necesaria) tarea de organizar el periplo de esta autora en tierras americanas (un trabajo que, demás está decir, aguarda por su realización). El segundo aspecto que abordaré lo juzgo fundamental porque impacta directamente la percepción inicial que tuvo la visitante: me refiero a su relación con el poder político, representado en este caso por el presidente, general Antonio Guzmán Blanco. El tercer aspecto se vincula con su percepción de la escritura femenina venezolana que se generaba en ese momento y su (in)capacidad para entrar en conocimiento de ese fenómeno. Finalmente, ofrezco datos puntuales referidos a su partida de Venezuela y la continuación de su recorrido.

El arribo a Venezuela

La prensa caraqueña de mayor significación anunció su llegada desde noviembre de 1881. La misma viajera se había encargado de repartir noticias sobre los pormenores de su arribo. A tal efecto, envió comunicación epistolar a varios directores de periódicos, cuando menos de la ciudad capital. Fragmentos de una de esas cartas la publicaba el mes que menciono el diario *El Monitor*, de donde tomo el periplo de la trashumante española: “el 17 del actual salgo de la culta Bogotá, en donde tantas ovaciones he recibido, para Barranquilla y Santa Marta: en este último punto me detendré á visitar la casa que recibió el último suspiro del Libertador; seguiré para Cartagena, y de ahí continuaré para la tierra clásica de los héroes, la invicta Venezuela, la Esparta de América” (*El Monitor*, Caracas, N° 100, miércoles 30 de noviembre de 1881: 1).

Tal parece que el itinerario anunciado fue cumplido con extremo rigor porque el lunes 19 de diciembre de ese año de 1881 a las 8:30 am., en el vapor *Essequibo*, procedente de Puerto Cabello –otro lugar de desembarco marítimo de importancia–llegó la baronesa a La Guaira. No se trasladó de inmediato a la capital. Probablemente quiso permanecer algunos días en la población costera, pero razones derivadas del implacable clima caribeño se lo impidieron, como

podremos comprobar dentro de poco. La huésped decidió quedarse en el puerto guaireño ese día y remontar en coche al siguiente los casi 1.000 metros de altura que separan el mar de la ciudad a la que se dirigía⁴.

De tal manera, el martes 20, la prensa local daba cuenta de la hora exacta de su llegada (las 2 de la tarde) y de su lugar de habitación (el Hotel de Saint Amand). Consignaba la edición del diario que he venido citando la reacción de los venezolanos destacados al conocer de su presencia, “Muchas personas notables se han apresurado á visitarla y á darle la bienvenida” (*El Monitor*, Caracas, N° 116, martes 20 de diciembre de 1881: 2). La visitante contaba 37 años (*El Monitor*, N° 115, lunes 19 de diciembre de 1881: 2).

Encuentros y desencuentros con el autócrata

El arribo al suelo que visitaba no pudo ser más prometedor para la baronesa, aunque quizás no se sorprendió porque experimentó el mismo trato de excepción que había recibido en los demás países visitados. En el caso venezolano, al llegar a Puerto Cabello, primer lugar donde desembarcó, como quedó acotado, y donde tuvo una estada de horas, encontró de parte del presidente de la república, el general Antonio Guzmán Blanco, “un atento saludo suyo, felicitándome por la llegada á Venezuela y encargando al general Goiticoa, jefe marítimo, me acompañase y atendiese en todo. Como es natural, agradecí mucho la galantería del primer magistrado de la República” (p. 353). El testimonio que recién hemos conocido quedó registrado en otro de sus libros, *América y sus mujeres* (volumen aparecido sin data de edición).

También en el contacto con La Guaira, antes del ascenso a Caracas, vivió el cumplimiento protocolar, en un agasajo donde también se sintió la mano presidencial. Asentaba *El Monitor* en la edición del lunes 19 de diciembre de 1881 citado con anterioridad, exactamente en la sección identificada como “De La Guaira”, el tratamiento con el que la había cumplimentado la máxima autoridad:

4 Las notas sobre Venezuela que coloca en el apéndice final de su obra de 1888 (pags. 360-362) las abre con los apuntes de su Diario. Allí consignará que el 19 de diciembre de 1881 llega a suelo guaireño y, agrega, “Ya en tierra, el calor me pareció insoportable, y realmente es en la Guayra tan fuerte, que á pesar de encontrar en la casa del Sr. Legórburu, —amable español establecido allí y con familia venezolana— cuanta comodidad podía desear, determiné salir en la madrugada del día siguiente para Caracas, capital de la República” (p. 360).

“A su llegada á este puerto, el señor Arismendi le hizo las demostraciones de estilo á que es acreedora”.

No fue la única medida que tomó el Presidente a favor de la visitante, llegó mucho más lejos en su decisión de facilitar la estada a la viajera, pues emitió un decreto cuyo contenido fue inmediatamente recogido por *La Opinión Nacional*, *El Monitor* y *Diario de La Guaira*. Dado el significado documental e histórico de esa decisión la ofrezco de seguidas. Para ello tomo su contenido del primero de los periódicos citados (Nº 3.824, miércoles 22 de marzo de 1882: 3), de la sección “Documentos Oficiales”:

Guzmán Blanco
Ilustre Americano, Presidente
de los Estados Unidos de Venezuela

En uso de las facultades que me confirió el Congreso de Plenipotenciarios, ratificadas por la Legislatura Nacional en 3 de junio de 1880, y ampliadas en 19 de mayo de 1881.

Decreta:

Art. 1º En proteccion al levantado propósito que ha animado á la señora Emilia Serrano, Baronesa de Wilson, de escribir la Historia de las Naciones Hispano-Americanas con cuyo objeto las está visitando, todas las oficinas públicas proporcionarán á la señora Baronesa de Wilson, el exámen de los archivos públicos suministrándole cuantos datos y copias auténticas de documentos juzque ella conducentes á su objeto.

Art. 2º Por el Ministerio de Relaciones Interiores se pondrá á disposicion de la misma señora un ejemplar de todas las publicaciones referentes á Historia patria editadas por disposicion del Gobierno.

Art. 3º Póngase á disposicion de la señora Emilia Serrano, Baronesa de Wilson la cantidad de diez y seis mil bolívares (B. 16.000) del Tesoro público como contingente que le acuerda el Gobierno de la República para facilitar la realizacion de su empresa.

Art. 4º El Ministro interino de Relaciones Interiores, queda encargado de la ejecucion de este decreto.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el Gran Sello Nacional y refrendado por el Ministro interino de Relaciones Interiores, en el Palacio Federal en Carácas á 12 de marzo de 1882.—Año 19º de la Ley y 23º de la Federacion.

Guzmán Blanco

Con ese decreto tenía la visitante garantía de apoyo irrestricto en todas las instancias gubernamentales, y un monto en metálico nada despreciable si toma-

mos en cuenta que el salario mensual de una maestra oscilaba entre 140 y 160 bolívares⁵, de los cuales tenía que pagar el alquiler del local que, habitualmente, era de 40 bolívares.

Nuevas demostraciones de hospitalidad presidencial recibió la española. Esta vez al ser invitada, a los ocho días de su llegada (como recordó ella misma: s/d: 354), a la fiesta oficial que daban el presidente y su esposa. Se trataba de una convocatoria solemne cursada desde la casa de gobierno en ocasión de iniciarse el año 1882. Es decir, la visitante había llegado el 20 diciembre y a los pocos días, el 1º de enero, acudió a una recepción a la que, sin lugar a dudas, todos querrían asistir.

Por todas esas medidas que la favorecían sobremanera, no es para sorprenderse las frases elogiosas que concibió en repetidas ocasiones para encomiar la labor llevada adelante por el presidente. La primera de esas oportunidades se le presentó cuando recibió el pedido de *La Opinión Nacional* para que reseñara la fiesta antes dicha. Conviene señalar que el escrito que elaboró estrecharía su acercamiento al poder presidencial, porque el diario para el cual escribiría era el medio impreso identificado con el gobierno de Antonio Guzmán Blanco. Para todos quedaba claro que era el periódico oficial del guzmancismo.

Emilia Serrano trabajó con celeridad. Habiendo asistido a una fiesta que la obligó a permanecer en el lugar casi hasta el amanecer⁶, el 2 de enero los lectores y lectoras del vespertino dirigido por el español Fausto Teodoro de Aldrey, encontraron en las páginas 2 y 3 la larga reseña titulada “La Noche de Año Nuevo”. Los elogios al mandatario nacional no faltaron:

Con singular tacto, con especial acierto hacía los honores del baile oficial, del lujoso sarao, el General Presidente, el hombre que ha convertido en un risueño nido á la antigua Carácas, dotándola de edificios, de bellos paseos,

5 Cf. la Memoria que presenta al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela el Ministro de Instrucción Pública en 1883. En varias oportunidades se menciona el salario de las preceptoras de escuelas.

6 En la reseña que menciono dice que permaneció en la fiesta hasta las 4 de la mañana. No fue el único escrito que entregó a la imprenta de *La Opinión Nacional*, también se publicó un poema (“El año nuevo”) dedicado a la esposa del presidente: “Á la virtuosa y bella señora doña Ana Teresa de Guzman Blanco”. Otro poema concebido para esa destinataria salió en el mismo diario (Nº 3.785, lunes 30 de enero de 1882: 2) bajo el título “El eco de mi musa” y que especificaba conceptos que hemos conocido: “A la señora doña Ana Teresa de Guzman Blanco”.

de baños, puentes, y cuanto su actividad ha podido crear.
Y allí estaba caballeresco y sociable, atento y jovial, descansando en aquellos momentos de la pesada carga.

Nuevamente *La Opinión Nacional* privilegia la colaboración de la española cuando difunde una carta aparecida en “*El Pasatiempo* de Bogotá, de 16 del último febrero, que hemos recibido hoy” y que la baronesa de Wilson había dirigido al señor Ignacio Borda. En determinado momento la escritora concibe estas líneas: “Guzman Blanco, lo ha invadido todo, se ha impuesto, emplearé esa frase, pero por sus condiciones intelectuales, por la prodigiosa é innovadora actividad, por el entusiasmo con que sueña un porvenir de prestigio y grandeza para su patria” (Nº 3.824, miércoles 22 de marzo de 1882: 2, sección “Crónica”).

Pasados pocos días, el mismo diario (*La Opinión Nacional*, Nº 3.831, viernes 31 de marzo de 1882: 3) inserta otra carta de doña Emilia Serrano, esta vez dirigida a su amigo bogotano don Nicolás Ponton dada a la luz por *La Ilustración* de aquella ciudad. Allí nuestra autora, después de proponer la comparación entre la obra del presidente venezolano y la de Pedro El Grande emite este parecer: “Cuánto puede, cuánto alcanza, cuánto vale, la actividad del Jefe del Estado! Por todas partes el nombre de Guzman Blanco, porque él lo ha hecho todo en corto número de años”. Y más adelante complementa el juicio con esta cadena de afirmaciones:

La fisonomía del Ilustre Americano es el espejo de su infatigable constancia; su mirada es viva, brillante, imperiosa y suave á la vez, y revelando incontrastable fuerza de voluntad.

Como hombre de sociedad, es galante, amable y cumplido caballero.

Posee el prestigio de la palabra y el espíritu observador y de investigación. Desde muy temprano se le vé ya á pié, ó en carruaje, visitando las obras en construccion é inspeccionando por sí mismo sus adelantos: generalmente fija un término y solo así se comprende el considerable número, concluido en corto tiempo.

Todos los ramos de la Administracion están bajo su inmediata vigilancia, porque todo lo abarca su privilegiado génio.

He traído esta serie de valoraciones encomiásticas que la visitante ofrece tanto sobre el presidente como sobre la esposa de éste en los poemas que le dedica, porque esos textos introducen un punto de quiebre cuando los comparamos con el volumen que la autora publicó de regreso a su España natal. La obra en

cuestión la he recordado páginas atrás, se trata de *Americanos célebres*. Organizada en dos volúmenes, me obliga a hacer un par de precisiones.

En primer lugar, es evidente que se inspira en la obra de Ramón Azpurua, *Biografías de hombres notables de Hispano-América* (1877). Sostengo lo dicho porque no puede sino llamar la atención el hecho de que durante todo el tiempo que Emilia Serrano permaneció en América habló sólo de la preparación de un libro: la “Historia general de América”. Y hete aquí que, a su regreso a España, da a conocer esta pieza que emula, en buena medida, la preparada por el venezolano, pero editada diez años atrás como quedó visto. En segundo lugar, ese volumen de la Baronesa de Wilson pone en cuestionamiento las expresiones que le hemos conocido en relación con Guzmán Blanco. Y sostengo lo anterior porque entre los venezolanos de mérito que incluye en su obra no está el presidente conocido por el título oficial de Ilustre Americano.

En realidad, el catálogo de venezolanos favorecidos por la autora, por cuanto no era una obra exhaustiva, es, en líneas generales, de justicia. En el primer tomo leemos las biografías de Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Antonio José de Sucre (a quien, por cierto, llama José Antonio Sucre), José Antonio Páez y el padre de Guzmán Blanco: Antonio Leocadio Guzmán; el segundo tomo incluye datos biográficos de Juan José Flores, Andrés Bello y Joaquín Crespo.

Es decir, son ocho biografías las que contempla y, entre ellas, no se cuenta la del hombre que la recibió de la manera descrita, de quien ella emitiera juicios como los que hemos conocido —muchos de ellos que, por provenir de un género como el epistolar, que no la obligaba a comprometerse con lo que no creía, debemos suponer manifestación sincera. En fuerte contrapeso, incluye a Joaquín Crespo quien, necesario es señalar, no tenía la proyección continental (ni nacional) de los otros personajes que incluyó en su obra.

Siendo de esta manera, ¿qué la llevó a cambiar de opinión?, ¿qué pudo haber ocurrido como para que asumiera una postura tan diametralmente opuesta al cabo de 5 ó 6 años, fecha de su partida de Venezuela y mientras preparaba los dos tomos que hacen la obra mencionada?, ¿hubo inicialmente un momento de deslumbramiento ante la presencia del presidente Guzmán Blanco y, después, vino la etapa del desencanto? y, finalmente, ¿por qué Joaquín Crespo?

Me parece que ese cambio de actitud —porque los datos que señalo ponen de manifiesto que lo hubo— tuvo que ver con la relación amistosa mantenida con Joaquín Crespo, al punto de incluirlo como biografiado en la pieza de 1888. Otra pregunta nos asalta: ¿en qué momento surgió esa relación?, ¿fue en Caracas o fue

en algún lugar de España? Por lo que se refiere a Caracas, parece que mientras estuvo en la ciudad la visitante no pareció determinarlo; en ninguno de sus escritos caraqueños dados a conocer en la prensa periódica lo menciona siquiera. Si llegó a tratarlo, es probable que lo conociera a través de su vinculación con Guzmán Blanco o con el padre de éste, porque este general era hombre de confianza, cercano a los dos Guzmán.

Pero también es probable que lo haya conocido en España, en Barcelona, para ser más precisa. Un par de datos me conducen a sostener lo expresado: hay quien piensa que al concretarse su regreso a España, después del largo recorrido americano, la viajera fijó residencia en esa ciudad. Esta suposición proviene de Amelina Correa Ramón, quien ha abundado en estudios sobre la autora. En opinión de esta investigadora “(d)esde los años finales del siglo XIX la escritora parece residir en la ciudad de Barcelona, donde permanecerá trabajando incansablemente hasta su fallecimiento acaecido a los ochenta y nueve años de edad”⁷.

Por otro lado –y es un nuevo elemento que debo mencionar–, la posibilidad de mutuo conocimiento en la ciudad catalana se fortalece porque, como señala la española en la biografía de este general venezolano: “En el último tercio del año 1887, hallábase Crespo en Barcelona (España), ciudad de su predilección y cuna de sus antepasados, en los momentos en que ya se agitaba en Venezuela la cuestión de elecciones para presidente de la República, por finalizar el último período administrativo del general Guzmán Blanco” (1888: 280).

Recapitulo lo expresado hasta el momento: Crespo vivía en Barcelona⁸, donde también habría fijado su residencia la autora, razón por la cual llego a pensar que en esa población inician o, en todo caso, fortalecen una relación desencansada en el afecto. Tuvo que haber cercanía entre ellos porque muchas noticias que proporciona la baronesa en la semblanza del venezolano tuvo que haberlas obtenido del mismo general. Me refiero, por ejemplo, a los nombres de los padres, fecha de nacimiento y otras puntualizaciones: “nació Joaquín Crespo en San Francisco de Cara, el 22 de Agosto de 1841, y desde su más tierna infancia, fué por su carácter é inclinaciones, orgullo de sus padres D. Leandro Crespo y D^a Aquilina Torres, que tenían origen español” (1888: 277). Todavía no se co-

7 En “Una escritora aventurera del XIX: Emilia Serrano (1833-34–1923)”.

8 La más reciente biografía sobre Joaquín Crespo la escribió Ramón J. Velásquez. En ella ofrece datos referidos a su dirección en Cataluña: “123, Paseo de la Gracia”, Barcelona (s/d: T. II, 27).

nocían biografías sobre el general, de manera que los datos ofrecidos tenían que provenir de primera mano⁹. Creo que esos renglones sostienen mi aserto: revelan vínculos de amistad, relaciones de afecto generadas, entre otras razones, quizás, del idéntico origen natal de los señores Crespo-Torres con la escritora.

Pero hay un tercer elemento que me anima a manifestar el convencimiento de que hubo vinculación estrecha entre ellos. Quiero decir con esto que, no sólo conoció y ganó el afecto del general, sino que también estrechó vínculos de amistad con la esposa de éste, doña Jacinta de Crespo. De no ser así, ¿cómo se explica que su libro titulado *América y sus mujeres* abra con un grabado que reproduce el retrato de esta venezolana?, ¿cómo entender, además, que el libro esté dedicado, por medio de una elogiosa carta, a la señora Crespo? Es una dedicatoria, por cierto, que anuncia el tono laudatorio desde el vocativo empleado: “Amiga inolvidable y querida”. Hubo amistad, hubo afecto, hubo proyección en el tiempo de esa relación porque la dedicatoria viene datada en mayo de 1890.

Después de lo dicho creo posible sostener que para el año de 1888, cuando publica el libro sobre *Americanos célebres*, la Baronesa de Wilson se había formado un juicio muy distinto sobre Antonio Guzmán Blanco, juicio que, desde luego, lo desfavorecía.

Pero, por otro lado, hay elementos de juicio que permiten suponer un distanciamiento efectivo entre Joaquín Crespo y Antonio Guzmán Blanco. Fueron amigos cercanos durante mucho tiempo —al punto de que fue Crespo quien se encargó de la presidencia¹⁰ entre el segundo y tercer período del gobierno guzmancista. La enemistad habría surgido en 1887 debido a dos factores. El primero, por “la situación que se iba formando en torno a Joaquín Crespo, quien se sentía relegado a un segundo plano, injuriado por la revisión administrativa de algunos de sus actos y alejado afectivamente de Guzmán” (Polanco Alcántara, 1992: 539). El segundo tiene que ver con la renuncia al poder político por parte de Guzmán en 1887; llegó el momento de presentar candidatos, “Crespo aspiraba a

9 La primera biografía sobre Crespo que conozco es la de Manuel Landaeta Rosales en 1893, le sigue la de León Lameda en 1897.

10 Es un decir, en realidad el poder pretendía mantenerlo (a distancia) Guzmán Blanco, cuando descansaba entre cada uno de sus períodos de gobierno. Debo recordar que este general gobernó directamente durante el llamado Septenio (1870-1877), el Quinquenio (1879-1884) y la Aclamación (1886-1888), pero el fracaso de su modelo de gobierno lo hizo renunciar en 1887. Entre el Septenio y el Quinquenio se eligió para la presidencia a Francisco Linares Alcántara, entre el Quinquenio y la Aclamación cumplió esas funciones Joaquín Crespo.

serlo no de propia iniciativa sino de modo tal que el país lo viera como presentado y apoyado por Guzmán” (ibídem). Al no darse los hechos de esa manera, decide abandonar el país. “El 8 de julio se embarcó Crespo con su familia para Europa”¹¹ (Rondón Márquez, 1952: T. I, 419).

No es aventurado suponer que doña Emilia haya recibido otras noticias de Guzmán por boca de Crespo. Es probable que las referencias escuchadas en 1887 sobre el Autócrata Civilizador (como lo llamó R.A. Rondón Márquez) no hayan hecho sino corroborar lo que había visto u oído en Caracas durante sus cuatro meses de permanencia en el lugar. Estoy hablando del personalismo y sus secuelas. La bibliografía al respecto es prolija.

Escritura femenina venezolana

De paso al siguiente aspecto que me interesa tratar, en otro libro de la Baronesa de Wilson, el que tituló *América y sus mujeres*, sin data de edición pero, por la fecha de la dedicatoria que mencioné, publicado después de 1890, hay un capítulo dedicado a Venezuela. No puedo sino calificar de curiosas esas páginas porque, aunque concebidas para dar a conocer los aportes femeninos (de ahí el título del volumen), las páginas (351-360) que dedica a la producción escrita de las venezolanas las destina casi en su totalidad a tratar de la escritura masculina. Así, vemos pasar revista a la obra de Andrés Bello; Miguel José Sanz; Rafael María Baralt; José Heriberto García de Quevedo; Abigaíl Lozano; José Ramón Yépez (sobre todo su poema “La golondrina”); José Antonio, Eduardo y Julio Calcaño; Ramón Azpurua y Aristides Rojas. El capítulo lo concluye de esta manera:

La mujer venezolana, que tiene imaginación viva y ardiente, corazón apasionado y generoso, ha preferido á la gloria de las letras la de reinar en el templo doméstico y ser el ornato de la sociedad por su trato ameno y seductor.

Pero no ha desdeñado los lauros de las artes María Teresa Carreño, la prodigiosa pianista que ha recorrido Europa y América sobre alfombra de flores. Es hija de Caracas y enorgullécese la bonita ciudad con las glorias

11 *La Opinión Nacional* (Nº 5.358, viernes 8 de julio de 1887: 3, sección “Crónica”) reseñaba el momento de la partida: “Viajeros.—En la mañana de hoy, á las 9 y cuarto, por tren expreso, partió para La Guaira para embarcarse con dirección á Europa el General Joaquín Crespo, ex-presidente de la República”.

de la que en 1854 vió la primera luz en su recinto y es ahora artista laureada (p. 360).

Para hacer justicia a la viajera, no solamente trata de la obra de los escritores que he mencionado sino que una buena porción de esas páginas las dedica a rememorar sus impresiones venezolanas. Una de ellas la obliga a detenerse en Puerto Cabello, otra la lleva a Caracas, una más la conduce a La Guaira y a un pueblito cercano a esta última población llamado Macuto. La experiencia macuteña es muy importante porque allí refiere esta vivencia:

Macuto tiene paisajes pintorescos, laderas agrestes y la vista del río que rompe y bulle entre peñas. Me senté cerca de la orilla, y no pude menos de pensar en Huaica Macuto, el bizarro cacique que, reuniendo sus indios dispersos, intentó defender su territorio dando cara á los españoles. Cuando más engolfada estaba yo en mis pensamientos, oí una voz juvenil, y al levantar los ojos encontré delante de mí á una graciosa joven con ojos negros y brillantes, mejillas tersas y un poco pálidas y sonrisa dulcísima en los labios. En su mano tenía un papel impreso. Era un periódico en miniatura, *La Audacia*; pero esa palabra tan castellana se me presentaba envuelta en ropajes bíblicos, pues *Delia* y *Débora* eran las redactoras, dos gallardas jóvenes que me sedujeron por su gentileza y donaire (p. 353).

Llama la atención el hecho de que la misma autora que cierra el capítulo sobre Venezuela asegurando que la mujer venezolana “ha preferido á la gloria de las letras la de reinar en el templo doméstico”, nos refiera ahora su encuentro con las redactoras de un papel impreso. Es cierto que le confiere lugar de privilegio a Teresa Carreño porque no podía ser de otra manera (para esa fecha la pianista había conquistado los grandes escenarios musicales de Europa y seguramente Emilia Serrano conocía de su trayectoria musical), pero la Carreño no era escritora, como es sabido. De ahí que, decir que las venezolanas no tenían inclinación por las letras, al tiempo que refiere su encuentro con dos periodistas (Dilia y Débora), no hace sino llamar nuestra atención. La pregunta que cabe hacerse es si, en verdad, la baronesa habla con justicia. ¿Eran indiferentes las venezolanas a la producción escrita.

Lo primero que se me ocurre sostener es que a la viajera se le nubló la mirada. Precisamente, para el año de su arribo al país uno de los fenómenos que se estaba consolidando era la función periodística de la mujer venezolana. La

práctica se había iniciado en 1872-1874 cuando Isabel Alderson dio vida a *Ensayo Literario*, un semanario que tuvo que ser abortado por razones crematísticas, como era lo habitual tanto en la prensa masculina como en la femenina. Pero, justamente, en la década de los 80 la práctica adquiere presencia sostenida.

Precisamente sobre la prensa de esa década de los 80 fundada por venezolanas versa mi artículo “Las periodistas venezolanas del siglo XIX (década de los ochenta)”. En esa propuesta comienzo por dar tratamiento, precisamente, a dos títulos dados a la luz el año 1881. Uno de ellos fue *La Alborada*; el otro, *La Audacia*. El primero se divulgó desde Caracas; el segundo, desde Macuto, como quedó visto.

En la actualidad no se conservan ejemplares de estas colecciones, el registro referido a su paso por el mundo de las letras ha quedado consignado en la prensa de la época (fundamentalmente en *La Opinión Nacional*, *Diario de Avisos* y *El Monitor*). Parece ser que de las dos colecciones mencionadas fue *La Audacia* la que se mantuvo durante más tiempo. La Baronesa vio un ejemplar de este “periódico en miniatura”, según sus palabras, y, sin embargo, llega a afirmar el desinterés de las venezolanas por el campo de las letras.

Por cierto, muchos de los materiales que la baronesa dio a la prensa venezolana habían sido publicados con anterioridad en otros países; pero no descuidó la escritura en su tránsito venezolano. De hecho, uno de esos textos coincidentes con la visita —la reseña del baile oficial celebrado el 1º de enero de 1882 que he mencionado— pertenecía a un género (el de la crónica social) que tenía una reconocida cultora en Venezuela en la pluma de Luisa Úslar de Lugo. En poesía eran elogiados para la fecha los nombres de Juana Zárraga de Pilón, Aureliana Rodríguez y muchas otras que firmaron con seudónimo o con el nombre de pila: Niobe, María, Edelmira, etc., etc. Había tertulias femeninas donde se discutía de música, pero también de teatro y, en general, de literatura.

Todavía la novelística femenina no había hecho acto de presencia. En realidad su aparición fue tardía, si la comparamos con otras realidades del continente. Las primeras novelistas venezolanas de las que tengo noticias son dos. La primera de ellas es conocida, firmaba con el seudónimo de Zulima, con el que velaba el nombre de bautismo que era Lina López de Arámburu. Su novela *El medallón* —inexistente en los repositorios bibliográficos venezolanos— se tiene por la primera pieza de ficción larga escrita por una venezolana. Sin embargo esta novela, que es de 1883, tendrá que compartir créditos con un texto del mismo gé-

nero literario aparecido el mismo año¹². A esos dos registros se suma un número importante de títulos que evado enumerar aquí.

En fecha reciente se viene ahondando en el estudio sobre la producción dramática del período generada por mujeres. Un aporte en este campo es el de Lorena Pino Montilla en *La dramaturgia femenina venezolana siglos XIX-XX. Antología*.

No podemos olvidar la tarea llevada adelante por las preceptoras –las maestras de escuela y de colegios. Esas maestras no solamente se dedicaron a impartir clases sino que varias de ellas publicaron textos didácticos. El primero que conozco lo publicó Josefa Grajales –directora del colegio de niñas de Trujillo– en 1860. Se trató del *Sistema de enseñanza mutua para la instrucción primaria y secundaria de las jóvenes venezolanas. Tomado de Mr. Lancaster y otros autores*. No existen ejemplares en los fondos bibliográficos del país. Después de la guerra federal (1859-1863), la práctica se intensifica. Puedo recordar los nombres de Antonia Esteller, Socorro González Guinán, Mercedes Landaeta de Henríquez, Dolores González de Ibarra, entre otros.

Desde fecha bastante temprana (década de los 40) las venezolanas comenzaron a relacionarse con el periodismo. No como autoras sino como traductoras. Todavía no se atrevían a calzar su nombre en cada uno de esos trabajos, pero era una presencia que marcaba el camino de las que seguirían sus pasos, ya como cronistas, como ensayistas, novelistas, poetas...

De manera que no puede sostenerse, como hizo la visitante, que la mujer venezolana desatendía el campo de las letras. Muy por el contrario, las investigaciones que vengo adelantando en estos últimos años y que se han concretado, hasta la fecha, en varios artículos y en dos libros (2004 y 2006) revelan que el panorama de las letras venezolanas fue enriquecido con la autoría femenina durante el siglo XIX. Sucede que perspectivas posteriores, en incluso coetáneas, como la de la Baronesa de Wilson, han anulado esa presencia de una manera inexplicable, por no decir irresponsable.

12 En la actualidad estoy por concluir una investigación a la que creo titularé finalmente “Las periodistas venezolanas de la modernización (1872-1910)”. Allí establezco relaciones entre la serie hemerográfica, la novelística, poética, ensayística, etc. y ofrezco como novedad para la lectoría venezolana el hallazgo referido a Elisa González de Alegría, autora de *Alicia o La amiga de los pobres* que tampoco se encuentra en nuestros archivos y bibliotecas. Esa pieza apareció en 1883, el mismo año de *El medallón*.

Y no se trató de que la visitante desconociera la vida intelectual del lugar porque, como ella misma se cuida de admitir, se propuso conocer la ciudad que la hospedaba “por dentro á fondo, y no dejé colegio, escuela, biblioteca, seminario y academias de artes, sin visitarlas minuciosamente” (s/d: 354).

A partir de lo sostenido por la española en relación con lo que, en su opinión, sería la nula participación de la mujer venezolana en el campo de las letras, no puedo acompañar a Amelina Correa Ramón cuando sostiene que “Emilia Serrano (...) entabló contacto con muchas de sus compañeras coetáneas y dedicó las páginas de sus libros a resaltar el papel pionero de cuantas la habían precedido”. Es probable que haya actuado de esa manera con sus coetáneas españolas y, de hecho, lo hizo con varias escritoras hispanoamericanas. La prueba de lo dicho está en la existencia del volumen *América y sus mujeres*. Pero no hizo honor a esa postura en el caso venezolano.

El adiós

La permanencia de Emilia Serrano en el país visitado fue relativamente breve, si la comparamos con el tiempo que permaneció en el Perú, por ejemplo. Tan solo estuvo en Venezuela poco más de cuatro meses. Habiendo llegado el 19 de diciembre de 1881 a La Guaira, salió de Caracas en un coche con rumbo a la población guaireña en la mañana del sábado 22 de abril de 1882¹³. Dejaba Venezuela pasados tres días de haberse cumplido cuatro meses de su llegada. A su vez, al tercer día de llegar a La Guaira tomó la nave que la conduciría a otros destinos, a juzgar por la nota que proporciona el vespertino *Diario de Avisos* (Caracas, N°. 2.600, martes 25 de abril de 1882: 2) en la nota titulada “A granel”: “La señora Baronesa de Wilson se embarca hoi en el vapor francés con destino á Colon”.

13 Dos diarios caraqueños dieron con precisión la fecha. Uno de ellos fue *Diario de Avisos*, cuando en la acostumbrada sección del “Movimientos de pasajeros por los coches de Carácas á La Guaira” (N° 2.599, lunes 24 de abril de 1882: 3), indicaba que en “Abril 22.—Remsten y familia, Jacobson, Baronesa de Wilson, Policarpo Guilarte, Alonso Rivas, Felipe Arreaza, Francisco Camejo, jeneral Raimundo Andueza Palacio y familia y señoritas Jordan” habían tomado un vehículo que los llevó al puerto marítimo. Igual noticia referida al día de salida de Caracas y a la ruta inmediata que cumpliría en su recorrido *El Siglo* (Caracas, N° 239, sábado 22 de abril de 1882: 2, sección “Crónica local”): “*La Baronesa de Wilson*.—Hoi ha debido partir para La Guaira [á] fin de continuar su peregrinacion para Colon y Centro América. Deseamos corto y próspero viaje á la futura historiadora de nuestra América”.

El día que tomó el coche que la llevó a La Guaira, la visitante no salió del Hotel Saint Amand, lugar donde se había alojado inicialmente al momento de su llegada a la capital. De ser así se habría especificado en la noticia que he registrado, pues en esa sección se asentaban los nombres de los viajeros que salían de los hoteles, así como, a su llegada, se consignaba cuáles se alojaban en este tipo de establecimiento. Fue lo que vimos en el caso de la Serrano, de quien se nos informó de su hospedaje en el Hotel Saint Amand. Que no saliera de ese ni de ningún hotel hace suponer un traslado a casa de alguna familia que quiso honrar la fama de país hospitalario que enorgullecía a los venezolanos (e hispanoamericanos) de entonces. De ese lugar de habitación habría tomado el coche que la condujo a La Guaira.

Llama la atención las circunstancias de su despedida. No hubo, como sí se produjo en el país que venía de visitar, Colombia, fiestas y reuniones para agasajarla; tampoco brindis en su honor o lectura de poemas u otros escritos recitados en su homenaje. En Venezuela no se dio nada de eso. Si hubo alguna reunión en determinada casa de habitación particular, no se supo por la prensa. Extraña este silencio porque este tipo de actividades era reseñado por los periódicos como prueba de adelanto civilizatorio. Era el efecto demostración que quería evidenciar cuán hospitalario se era. En todo caso, resulta llamativo el contraste cuando recordamos las señales de regocijo mostradas cuando arribó.

Con esa salida tan discreta no se puede sino pensar que algún extraño suceso tuvo que haber ocurrido. La sospecha se refuerza porque ella pensó, incluso, regresar a Caracas a terminar la preparación de su obra, que se había comenzado a publicar en París. Se refiere a este hecho en la carta que dirige al colombiano Ignacio Borda, ya citada:

Es muy fácil que aún cuando regrese á Europa, para recoger los datos que necesito en los archivos de Indias, en España, y una vez que visite á Centro-América y Méjico, me decida á continuar y concluir la Historia de América en Carácas, llevando á cabo su publicacion en los Estados Unidos del Norte, pues que fácil será encontrar tipos iguales y papel al que se está empleando, á fin de no perder lo ya hecho en Europa.

No era una idea que sopesaba, parecía haber propósito manifiesto de cumplir lo dicho a Borda. Es evidente que también se lo comentó a Antonio Leocadio Guzmán, el padre de Antonio Guzmán Blanco. Precisamente ese proyecto

se lo recuerda el anciano en la carta que le envía a la baronesa y que ella remite, junto con un poema de despedida, a *La Opinión Nacional* (N° 3.845, viernes 21 de abril de 1882: 2, bajo el título “La Baronesa de Wilson”). La esquila comienza con este párrafo:

Mi distinguida señora y amiga: sería negarme yo mismo porque sería mentir, decir á U, que he tenido gusto en recibir su esquila del día 15; ví por ella y por ella sentí y siento que U. nos prive tan pronto de su agradable vista, de su interesante trato y de sus estudios y publicaciones en tipos nuestros (subrayado por M.A.).

Dicen mucho esas breves líneas, pues ahora no sostienen la idea de imprimir su obra en Nueva York, como le comentó a Borda, sino de darla a publicar en Caracas: “en tipos nuestros”, le dice el interlocutor. Vista la noticia, saltan preguntas en serie: ¿por qué esa partida en tan extrañas circunstancias?, ¿por qué no volvió a Caracas?, ¿por qué tanto silencio colectivo?

Son preguntas que aguardan profundizar en las investigaciones y comprometerse en la búsqueda de una respuesta.

Bibliografía

ALCIBÍADES, Mirla. *La heroica aventura de construir una república*. Familia-nación en el ochocientos venezolano (1830-1865). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana/Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 2004.

ALCIBÍADES, Mirla. *Periodismo y literatura en Concepción Acevedo de Tailhardat (1855-1953)*. Caracas: Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Colección Cuadernos), 2006.

ALCIBÍADES, Mirla. “Las periodistas venezolanas del siglo XIX (década de los ochenta)”. *Actualidades*, 15/16, 2006, págs. 13-32.

AZPURÚA, Ramón. *Biografías de hombres notables de Hispano-América*. Caracas: Imprenta Nacional, 1877, 2 tomos.

CORREA RAMÓN, Amelina. “Una escritora aventurera del XIX: Emilia Serrano (1833-34–1923)”. En <http://www.realidadliterar.net/2paginaIII-33.htm>. Consulta: 11-10-2008, 7:51 pm.

LAMEDA, León. *Historia militar y política del general Joaquín Crespo*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1897.

LANDAETA ROSALES, Manuel. *Biografía del Benemérito general Joaquín Crespo*. Caracas: Imprenta Bolívar, 1893.

Memoria que presenta al Congreso de los Estados Unidos de Venezuela el Ministro de Instrucción Pública en 1883. Caracas: Imprenta al vapor de “La Opinión Nacional”, 1883, 2 tomos.

PINO MONTILLA, Lorena. *La dramaturgia femenina venezolana. Siglos XIX-XX. Antología.* Caracas: Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral (Celcit), 1994, 2 tomos.

POLANCO ALCÁNTARA, Tomás. *Guzmán Blanco. Tragedia en seis partes y un epílogo.* Caracas: Grijalbo, 1992.

RONDÓN MÁRQUEZ, R.[afael] A.[ngel]. *Guzmán Blanco, El Autócrata Civilizador.* Madrid: Imprenta García Vicente, 1952, 2 tomos.

SERRANO, Emilia. *Almacén de las señoritas.* París: Rosa y Bouret, 1860.

SERRANO, Emilia. *Americanos célebres. Glorias del nuevo mundo* por la Baronesa de Wilson. Barcelona (España): Tipolitografía de los Suc. de N. Ramírez y C^a, 1888, 2 tomos.

SERRANO, Emilia. *América y sus mujeres* por La baronesa de Wilson. Barcelona (España): Establecimiento tipográfico de Fidel (s/d).

VELÁSQUEZ, Ramón J. *Joaquín Crespo.* Caracas: El Nacional/Banco del Caribe (Biblioteca Biográfica Venezolana, Vol. 1), s/d [2004], 2 tomos.